

III JORNADAS INTER-ASOCIACIONES



Ponente:

**Mons. Don JUAN MIGUEL FERRER
GRENESCHE**

Ponencia:

**«Sinodalidad en perspectiva
Eucarística»**

1. Introducción

Cuando se me pidió que preparara una ponencia para estas jornadas inter-asociaciones, pensé que podría ser bueno que retomásemos algo que habíamos visto en nuestras charlas de formación mensuales, ya hace algún tiempo, al comienzo de este año, fue la charla del 26 de enero de este año, pero el tema es lo bastante importante como para seguir profundizando en él.

Primeramente, reflexionaremos sobre el contexto actual, además, se trata de acercarnos a una de las realidades fuertes que está viviendo la Iglesia universal en estos momentos: “el sínodo sobre la sinodalidad”. Y aunque éste ha tenido una fase nacional, y todos lo hemos podido vivir en nuestras respectivas diócesis, es bueno que como Asociaciones Eucarísticas reflexionemos sobre ello. También buscaremos indicar qué podemos nosotros aportar y en qué medida esto nos puede afectar como asociaciones eucarísticas.

Todo esto lo vamos a desarrollar en tres puntos:

En el *primero*, ver un poco el contexto eclesial. *Luego*, reflexionaremos sobre de qué se trata un “sínodo”:Cuál es su significado y cuáles son sus dimensiones. Y, *finalmente*, haremos una aportación desde nuestra perspectiva, como Asociaciones Eucarísticas. Una aportación a lo que puede ser el desarrollo de la dimensión sinodal de la Iglesia. Y sintetizaremos todo esto a través de una *imagen evangélica* que nos pueda ayudar a nosotros y a los demás miembros de la Iglesia a seguir caminando de la mano del Santo Padre en este tiempo en que todavía vamos a estar, la Iglesia entera, reflexionando, meditando, y luego trabajando para su aplicación, este tema de la sinodalidad.

2. Contexto eclesial que vivimos.

La Iglesia, puesta en trabajo por el Santo Padre, es llamada toda ella a un sínodo. Desde el Concilio Vaticano II se vio que era conveniente que además de los Concilios, que son una realidad siempre compleja, tanto en su desarrollo como en sus repercusiones, el Papa contase con una posibilidad, con una institución, que le permitiese mantener un diálogo fluido y directo con el episcopado universal con

el cual compartir y dialogar sobre temas que juzgue importantes en cada momento para la vida de la Iglesia. Y así en tiempos de San Pablo VI, después del concilio, se crea esta institución, “el Sínodo de los Obispos”. Es cierto que esta realidad se había estado dando en la vida de la Iglesia desde hacía mucho tiempo puesto que las Congregaciones, que componían la Curia Romana, tenían una estructura sinodal. ¿Por qué? Como su mismo nombre indica, “congregación” es un grupo de personas (un grupo de Cardenales y Obispos) que las integraban, las cuales, según la temática de las competencias que les iba asignando el Papa en cada época, le asesoraban y ayudaban en el gobierno de la Iglesia universal en esa materia. Pero muchas veces nosotros tendíamos a pensar, como “Congregación romana”, en el prefecto, el secretario y los oficiales que allí trabajan. Y no es así. El prefecto y el secretario, con los miembros de la congregación, Cardenales y Obispos, son los que constituyen propiamente la congregación y la llevan adelante. Los oficiales que trabajan allí son simplemente el brazo ejecutor, los que hacen el trabajo que les mandan hacer en función de las deliberaciones de la Congregación y de las decisiones que ésta toma en unión con el Papa. Y el Papa, luego, es el que encarga que apliquen una serie de cosas. Esto es lo que hacen los oficiales de las congregaciones. Por lo tanto, éstas ya son estructura participativa, donde el Papa nunca ha estado solo en el gobierno de la Iglesia. El Papa estaba ayudado por los Cardenales y estaba con los Cardenales Prefectos y Obispos miembros de las Congregaciones gobernando la Iglesia. No obstante, se vio la conveniencia de que entre la Curia Romana, un número siempre reducido de personas, y un Concilio Ecuménico, que implica convocar a todos los Obispos del mundo. Se podía establecer una institución intermedia que ayudase en este mismo sentido al Papa y permitiera una mayor presencia de los Obispos del mundo entero junto al Papa deliberando y trabajando sobre los temas que les propusieran. Así el “Sínodo de los Obispos” fue trabajando desde su creación hasta nuestros días.

¿Cuál es la novedad que introduce el Papa Francisco?: Existe un precedente, el Concilio Vaticano II según luego concretó el Código de Derecho Canónico (aprobado en su día por el Papa San Juan Pablo II en el año 83), implica la aparición en las diócesis de unas figuras que antes no existían. Siguiendo el modelo de lo que se había hecho para la Iglesia Universal, surge la figura del Consejo Presbiteral, que representa a todos los presbíteros de una diócesis, que asesoran y ayudan al Obispo (y en algunas ocasiones tienen que darle una opinión obligatoriamente, para que él pueda tomar decisiones a posteriori). De este Consejo Presbiteral, además, se hace como una pequeña representación que es el Colegio de Consultores, nuevamente para otra serie de asuntos es obligatorio que el Obispo escuche para poder tomar decisiones e incluso, en algunos casos, no puede tomarlas sin el acuerdo del mismo. Además, de estas nuevas formas de gobierno asistido del Obispo, se indica también en el Código de Derecho Canónico, la creación de los Consejos Pastorales. Aquí ya no se trata solamente de los presbíteros, sino de toda la comunidad cristiana representada, para que el Obispo pueda escuchar opiniones diversas y recibir el sentir de la comunidad. Estos organismos, como luego a nivel de las naciones las Conferencias Episcopales, están queriendo marcar una línea de actuación en la vida de la Iglesia, una forma de gobernar la Iglesia en la que no actúan solo personas aisladas: el Papa, en la Iglesia universal; el Obispo, en la diócesis; en las parroquias, el Párroco. Además, en las Diócesis y Parroquias, se añade el Consejo de Asuntos Económicos: el Obispo o el Párroco, aunque conservan siempre la decisión y la autoridad, no obran solos. El Papa, el Obispo y el Párroco, cada uno en su ámbito, a la hora de tomar las decisiones, han escuchado, han tenido la posibilidad de contrastar opiniones y las maneras de ver de muchos de los miembros de la Iglesia.

El Papa Francisco ahora lo que quiere es que lo que hasta ahora era el “Sínodo de los Obispos” pase a ser el “Sínodo”, sin el adjetivo “de los obispos”. Es decir, que este Sínodo se parezca más -mutatis mutandis- a un Consejo Pastoral. Es decir, no lo van a formar solo obispos, sino que lo van a integrar obispos, presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas, laicos, una representación de todos los fieles de la Iglesia. Evidentemente es una representación que podríamos decir, analógica, porque no vamos a poder estar eligiendo representantes en tal número como para que todos los puntos de vista estén presentes, pero, al menos, habrá una presencia y una sensibilidad de diversos estamentos que integran la Iglesia. Y cuando el Papa quiera tratar de un tema podrá escuchar todas esas voces. Ya antes se buscaba conseguir esto cuando al “Sínodo de los Obispos” iban, no como miembros, pero sí como invitados, peritos en las materias particulares de las que se trataba en el Sínodo; peritos que podrían incluso hablar en el aula sinodal ante el Papa y los Obispos. De este modo, numerosos sacerdotes, religiosos y laicos hicieron ya oír sus voces. Pero ahora eso se va a institucionalizar. Además, el Papa no quiere que esto se quede solo en una estructura. En la Iglesia tenemos muchas estructuras que se han ido añadiendo a lo largo de los siglos. Cada época aporta su sensibilidad particular y entonces hay muchos tipos de ellas. No se trata ahora de crear una estructura más, se quiere que esto cale en la vida de la Iglesia. Por eso nosotros ahora nos preguntamos: ¿Qué significa sinodalidad?, ¿de qué se trata?

3. Sinodalidad

Cuando el Papa nos está invitando a redescubrir esta dimensión de la vida de la Iglesia y nos invita a hacer un Sínodo sobre la sinodalidad con fases diocesanas, nacionales, y ahora la fase continental, hemos de tener en cuenta que impulsa una idea que viene desarrollándose desde el Concilio Vaticano II. En el Concilio, y después del Concilio, se nos ha hablado mucho de esto. Se trató de renovar el modo de ver y comprender teológicamente a la Iglesia. Se ha hablado abundantemente de un nuevo enfoque para el estudio de lo que es la Iglesia de Cristo: la “eclesiología de comunión”. La eclesiología de comunión, ahora comúnmente aceptada, viene a ayudarnos a comprender la primacía de Dios en la vida de la Iglesia, porque la comunión se establece a partir del don de Dios. Algunos han malinterpretado el sentido de esta eclesiología, como ahora lo están malinterpretando algunos, y se creen que esto es la copia de los sistemas democráticos de la vida política. Ahora, para ellos, ya no tenemos una fe inmutable, no tenemos unos sacramentos y una disciplina sacramental permanente; ahora nosotros nos juntamos y decidimos, en cada momento, cómo queremos que sea la Iglesia, lo que hay que creer, lo que hay que celebrar y lo que hay que vivir. Dicen, “nosotros ahora vamos a decir lo que está bien y lo que está mal”. Y esto, evidentemente, no tiene nada que ver ni con la eclesiología de comunión ni con la sinodalidad.

Lo que ocurre es que no han faltado nunca los que, buscando aprovecharse de una cierta confusión que se puede generar cada vez que la Iglesia intenta enfocar de un modo nuevo sus diversas realidades, meten ahí las propias opiniones. Ideas, muchas veces, totalmente ajenas a la doctrina cristiana, es más, condenadas por la Iglesia.

La eclesiología de comunión fue imponiéndose en la vida de la Iglesia, en el estudio de la eclesiología, y partiendo de esa dimensión del don de Dios, resalta cómo nos unimos, participando todos en el don de Dios: Don de la fe, don de la celebración de la liturgia y don de un modo de vivir nuevo, en el que todo brota de Dios y llega a nosotros a través de Jesucristo y del Espíritu Santo, que ayuda permanentemente

a la Iglesia a actualizar todas estas realidades. Esto implica que entre nosotros no hay distinción en cuanto a la dignidad de los fieles cristianos, sino que hay una dignidad común de los fieles cristianos copartícipes de los dones de Dios. Por otra parte, los ministerios que hay en la Iglesia, entre ellos los que vienen del sacramento del orden y establecen la jerarquía que Cristo impuso a su Iglesia, no se ejercen a título personal, sino en el nombre de Cristo y como un servicio a la comunidad de los hermanos. No se trata de una autoridad despótica sobre los demás. Por lo tanto, tratando de no confundir el carácter monárquico de la Iglesia con el sistema político humano de las monarquías absolutas del pasado, la Iglesia, que siempre intentó manifestar su originalidad, desde esta eclesiología de comunión, propone unas nuevas formas y estilos de gobierno. Nuevas formas que han de darse en la Iglesia universal, en cada Nación, en cada Diócesis, en cada Parroquia, en cada comunidad, en cada movimiento o asociación.

El papa San Juan Pablo II cuando nos escribió esa carta preciosa, que es casi como una despedida suya al inicio de un nuevo milenio, hace ahí una serie de propuestas pastorales para la Iglesia del tercer milenio. Pone en evidencia algo de lo que, hasta entonces, apenas se había hablado: la espiritualidad de comunión. Nos venía a decir que tenemos una preciosa eclesiología de comunión, pero como no cambiemos los corazones, seguiremos haciendo lo de siempre y comportándonos como siempre. Hay que hacer un esfuerzo de conversión personal y pastoral para vivir esta realidad de la eclesiología de comunión y esta espiritualidad de comunión. San Juan Pablo II indicó que la espiritualidad de comunión parte de este hecho: La centralidad no está en nosotros, está en Dios; aunque seamos el Papa, el Obispo, el Párroco, el Presidente

Es el Señor el que tiene el protagonismo. Todos nosotros somos hermanos, porque participamos todos de los dones que nos vienen de Dios, y las diversidades de funciones y ministerios están todas al servicio del bien común y al servicio de la voluntad de Dios. Pero esto, además, nos tiene que dilatar el corazón, y como decía el Papa San Juan Pablo II, la iniciativa y el punto de unión están en Dios y esto nos tiene que llevar a ver todos los carismas y dones que reciben los hermanos como un regalo para nosotros, aunque nosotros no tengamos ese mismo carisma. Y de esto se tiene que seguir un sentido profundo de respeto y amor por la diversidad de dones y carismas, de ministerios y funciones en la Iglesia, un deseo profundo de cooperación y colaboración de los unos con los otros. Todos nos necesitamos y Dios quiere enriquecernos y santificarnos a través de esa participación con los demás en los frutos de sus carismas, y que ellos se enriquezcan con los frutos de nuestros carismas personales o de grupo.

Esto es una aportación de un valor extraordinario. A la eclesiología de comunión hace falta acompañarla de una espiritualidad también de comunión, para que esta eclesiología impregne la vida real de la Iglesia. La sinodalidad se mueve en esta línea.

Sinodalidad es la aplicación a la vida concreta y cotidiana de la Iglesia de estas convicciones doctrinales de la eclesiología de comunión y espirituales de la espiritualidad de comunión. Se trata de bajar estas realidades doctrinales y espirituales a la vida cotidiana de cada uno y de todas las instituciones de la Iglesia. Por eso podemos decir que la sinodalidad es algo del orden pastoral de la vida de la Iglesia, pero también podemos decir del orden de lo cotidiano de nuestra vida cristiana. Es ayudarnos a comprender que en la vivencia de nuestra fe, día a día tenemos que tener presente que no somos islas, que no somos francotiradores, que no estamos cada uno directamente comunicados con Dios y podemos

prescindir de la Iglesia y de los demás, ni que lo nuestro es lo único bueno. Más bien hemos de comprender qué hacer para que todos los dones, carismas, ministerios, cualidades, que podemos recibir de Dios cada uno o asociativamente, todo es para el servicio del bien común y todo lo que la iglesia reconoce como venido de Dios lo hemos de aceptar todos como un regalo del Señor para todos.

Dios bendice con una lluvia tan abundante porque sabe que los seres humanos tenemos muchas diversidades y peculiaridades y que a cada uno nos llegue y nos toca más el corazón si se nos presenta el don de Dios desde algunas dimensiones particulares: Por eso, ahí están tantos carismas y tantas de las que llamamos escuelas de espiritualidad. Hay una serie de elementos que son comunes a todos. Y luego hay una serie de diversidades enormes legítimas, aprobadas y queridas por la Iglesia, reconociendo que todas vienen de Dios para común utilidad.

Se nos llama a la atención para que incluso en el día a día, en la realidad cotidiana de una parroquia, de una familia, de un movimiento, de una asociación, hay que tener presentes los principios de esa eclesiología de comunión, los principios de esa espiritualidad de comunión, y tratar de realizarlos. Que nuestros modos de proceder sean coherentes con eso, es decir, que yo no puedo ser en mi movimiento el único que habla, el único que manda; que, como no se hagan las cosas como yo quiero, pataleo y cojo una rabieta. Evidentemente, eso serían actitudes que chocarían de plano con lo que es la sinodalidad. Ahora bien, sinodalidad no significa, como hemos dicho, democratismo. Cuando ahora en Alemania, dolorosamente, se está viviendo que parece que entienden que lo que ellos votan, deciden y esperan, es ya lo definitivo; que si el evangelio, la tradición, el derecho canónico, o cualquier otra realidad superior, se opone, son estos los que tiene que cambiar, porque ellos ya han decidido, tenemos que constatar que estas actitudes no representan la sinodalidad cristiana: Por este camino nos convertimos en “conventícula hereticorum”, frente a la “magna Ecclesia”, como ya decía San Agustín.

En verdad a todos se nos invita a presentar nuestros puntos de vista, a poner en común los dones y gracias que hemos recibido de Dios, pero también a que se ejerza sobre ellos el discernimiento, y en la Iglesia el carisma del discernimiento, lo dice el mismo Concilio, recae en los Obispos en comunión con el Papa.

Por lo tanto, debemos aquí comprender bien esta realidad, pero, por otro lado, lanzarnos plenamente a avanzar con confianza en la línea que nos está señalando el Santo Padre.

Me gustaría señalar, a propósito de la sinodalidad, otra de sus dimensiones: La misionera.

Evidentemente la sinodalidad no se queda solo en reflexiones hacia dentro. Si no vivimos la vida de la Iglesia en su integridad, como tarea de todos los bautizados, no podremos realizar su misión que todos tenemos encomendada ni seremos capaces de dar un testimonio concorde.

La sinodalidad está también ligada a esa acción en el mundo, cumpliendo fielmente el deseo del Señor; llegando hasta los confines de la tierra. Pero llegando desde la unidad interior y vital que también nos pide el Señor: Que seamos uno. Ese ser uno, integra la multitud de dones y gracias recibidos del Espíritu Santo, haciendo que los vivamos en comunión, sinodalmente.

Caminar juntos significa sínodo, pero juntos, como veremos luego, “siguiendo los pasos del Señor”. El que nos une es el Señor. La acción de la Iglesia en el mundo, para que todos crean, pasa porque seamos capaces de ofrecer, desde la multiplicidad de nuestros dones y carismas, un testimonio concorde de caridad fraterna, como en el libro de los Hechos se nos muestra que lo hacía la primitiva Comunidad de Jerusalén.

Ni somos el ejército de Mao Tse-Tung, todos uniformados y así unificados, ni somos tampoco una caótica masa en la que cada uno corre a lo suyo. Somos el cuerpo de Cristo, La Iglesia de Dios, su Pueblo. Jerárquica y carismáticamente estructurado, que sinodalmente avanza por el mundo realizando su tarea y compartiendo con todos los hombres los dones que ha recibido del Señor.

4. Aportación de las Asociaciones Eucarísticas

¿Cuál puede ser nuestra aportación? Evidentemente, se trata de la aportación de la Eucaristía y, de un modo más amplio, si queremos, de la liturgia de la Iglesia. Como asociaciones eucarísticas vivimos el misterio de la Sagrada Eucaristía y desde ahí se nos abre un horizonte para una mejor comprensión de toda la vida sacramental de la Iglesia. Así podemos dar una luz muy grande. Y ésta será nuestra aportación al camino de la Iglesia.

Sabremos que la liturgia, y la eucaristía en particular, es fuente y cima de la vida de la Iglesia, así la llamó el Concilio Vaticano II, “Fons et Culmen”. Y esto, porque “Dios está aquí”, porque en el Sacramento del Altar está Cristo mismo, entero, vivo. Él es la fuente de la que brota toda nuestra vida: «*Sin mí no podéis hacer nada*». El Apóstol, consciente de ello, nos indica además “todo lo puedo en aquel que me conforta”. Al mismo tiempo, este Cristo que es el centro, la fuente de la que mana toda nuestra vida, es el horizonte hacia el que caminamos. Salimos y estamos en la vida guiados por el Espíritu en la Iglesia al encuentro del Señor. Y como termina el libro del Apocalipsis todos decimos, especialmente en el adviento, “Marhanata”, Ven Señor, Jesús. Ese “ven”, es la correspondencia a nuestro salir animosos al encuentro del Señor que viene, como nos indica la liturgia en el tiempo de adviento.

Pero el Catecismo de la Iglesia Católica también nos ha recordado que la liturgia es “obra de la Santísima Trinidad” y, de este modo, sabemos que la Eucaristía es su obra predilecta. Una iniciativa amorosa del Padre que se realiza a través del Verbo (Cristo), que es el que instituye estas realidades, como instituyó la Iglesia y los demás sacramentos. Es Él el que nos ha ofrecido en la última cena la Eucaristía, “*tomad y comed esto es mi cuerpo*”, “*tomad y bebed ésta es la copa de mi sangre*”, todo ello a través de la acción del Espíritu Santo, que en cada momento se une a la Iglesia y la capacita, para poder hacer memorial del Señor muerto y resucitado. La anamnesis de Cristo, el hacer presente a Cristo y sus obras salvíficas, lo hace la Iglesia realizando lo que el Señor la mandó, asistida y capacitada por el Espíritu Santo. Por eso en la Eucaristía y en todas las acciones sacramentales invocamos al Espíritu Santo en la epiclesis, para que el Padre nos lo envíe por mediación de Cristo y podamos nosotros realizar lo que el Señor Jesús nos mandó hacer. Esto lo estamos viviendo en la Eucaristía constantemente, es lo que llamaba Cipriano Vagaggini “movimiento teológico de la liturgia”. Decía este autor que en la liturgia siempre se está produciendo este movimiento *del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, al Padre*, como decimos en la celebración: *por Cristo con Él y en Él en la unidad del Espíritu Santo, todo Honor y toda*

Gloria al Padre. Ésa es la consumación de lo que en el Prefacio se nos dice: Que todo deriva del Padre como una bendición para que todo vuelva al Padre como alabanza.

Esta circularidad trinitaria se vive cada día en la Eucaristía y se realiza en los sacramentos de la Iglesia, y en general en toda acción litúrgica. Si vamos a la Sacrosantum Concilium, y leemos lo que se nos dice sobre la Liturgia de las Horas, ésta se nos presenta como la participación en la alabanza eterna del Cielo, tal y como la introdujo en la tierra nuestro Señor Jesucristo por su encarnación. Pero esto que comprendemos de la liturgia y de la eucaristía, a través de su vivencia y celebración, es lo que proyecta su luz sobre la Iglesia entera. La liturgia construye (hace) la Iglesia y nos permite también conocerla y comprenderla: Esposa de Cristo, Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios. Estamos convencidos de que en la liturgia participamos en la obra de Dios y no simplemente hacemos algo que se nos ha ocurrido. Si nos ponemos a ver qué podemos hacer para agradar a Dios, porque le estamos muy agradecidos, estamos mostrando un sentimiento religioso natural: Reconocer que Dios es Dios, que merece un culto y vamos a ver qué sacrificios o de qué forma le ofrecemos un culto adecuado. Pero en nuestra fe cristiana sabemos que las cosas no son exactamente así. No es que nosotros tengamos la ocurrencia, no es que nosotros podamos ofrecer a Dios algo que le agrade y que sea conveniente para Él. Es Él el que se ha hecho para nosotros don y sacrificio, para que nosotros le podamos ofrecer el culto que Él merece (“te ofrecemos de los mismos dones que Tú nos has dado”). Dios es el que nos ha dado el nuevo culto, y nos lo ha dado entregándonos a su Hijo, el nuevo Sacerdote, la nueva víctima, el nuevo altar. Nosotros podemos por el bautismo, la confirmación y la misma participación en Eucaristía asociarnos a este Sacerdote-Víctima-Altar, que es Cristo, en cada Eucaristía.

Por eso es tan importante en la liturgia posconciliar la participación de todos, como corresponde a la naturaleza de la misma revelada por Dios. Una participación que no es un hacerlo todo todos, sino asociarnos realmente todos en la acción de Cristo, haciendo cada uno lo que nos corresponde, según el don recibido. Los que han recibido el bautismo y la confirmación lo hacen de una manera, a través de toda una serie de gestos, palabras, silencios, cantos, acciones; y los ministros ordenados, según el grado del orden que han recibido, lo hacen también de una manera propia; pero todos participando en la común acción de la Iglesia.

Esto que vivimos en la liturgia, (por eso es tan importante cumplir las rúbricas y celebrar bien la liturgia, porque es “escuela de vida cristiana”), nos lleva a vivir en la Iglesia también de un modo activo, participativo, dando frutos propios de una pertenencia consciente, activa, interna y externa, fructuosa en la misma. Tal y como participas en la liturgia, así vivirás tu vida de cristiano, así andarás tu camino de santificación. Con razón San Agustín ya decía, aplicándolo a un aspecto concreto, la Liturgia de las Horas: “quien bien reza, bien vive”. Es decir, si yo vivo la vida litúrgica de la Iglesia y la vivo bien, eso me hará vivir la vida cristiana en su conjunto, mi condición de cristiano, adecuadamente. En la liturgia también descubrimos y aprendemos que Cristo se nos da para unirnos así mismo, para que podamos seguir realizando su misión en el mundo, hasta que Él vuelva. Y por eso es bonito cuando en el Catecismo, al comentar los diversos nombres del sacramento, llegamos al de “misa” y se nos dice que viene de la misma raíz que misionero, que misión. Lo que se nos está diciendo es, (ite missa est), “marchad porque habéis sido ya enviados”, “el envío misionero ya se ha hecho”. La celebración de la

eucaristía, por su naturaleza, desemboca siempre en una transformación personal para la misión. El Señor nos une así, para tomar nuestras manos, pies, bocas y brazos, para que continuemos su misión por el mundo y por eso esta dimensión, que se expresa a través de este nombre de la Eucaristía, ha sido citada por el magisterio de los papas, y en concreto de los papas del postconcilio, para recordarnos a todos que somos misioneros, evangelizadores. Pero esto solo será realidad si previamente nos dejamos hacer hombres y mujeres eucarísticos, si nos dejamos amasar y moldear por la acción de esos brazos de Dios, así los llama San Ireneo de Lyon: El Hijo y el Espíritu Santo. La imagen usada por el Santo Obispo es muy bella, presenta la historia de salvación como un Padre que extiende sus brazos, Cristo y el Espíritu Santo, para abrazar a la humanidad entera y atraerla hacia sí, unificándola en el amor trinitario. Y esta dinámica se realiza en la Eucaristía, se realiza en la vida litúrgica de la Iglesia, solo así la Iglesia la puede hacer realidad en el mundo.

Una aportación específica de los adoradores eucarísticos, porque la adoración eucarística es una prolongación de la celebración eucarística, es hacernos capaces de dejarnos configurar por el don recibido, que es tan grande que no lo asimilamos en el breve espacio de una celebración. Y toda nuestra vida, de eucaristía a eucaristía, está necesariamente remitiéndonos a la celebración, remitiéndonos a la comunión que realizamos dentro de esa celebración, o a la participación, lo más plena posible, en la misma, para transformarnos en lo que celebramos y comemos.

San Agustín, y luego lo retoma Santo Tomás de Aquino, nos recuerda que si con el alimento ordinario sucede que lo transformamos en lo que nosotros somos, en la Eucaristía, siendo su fuerza mayor que la de nuestra naturaleza, es Ella la que nos transforma en lo que comemos. También decía anteriormente San Ireneo de Lyon, que cuando comemos la Eucaristía comemos la carne resucitada del Verbo de Dios hecho hombre y así sembramos en nuestra carne corruptible la resurrección gloriosa la carne de Cristo. Así cada comunión eucarística es una preparación para nuestra resurrección al final de los tiempos. Estos ejemplos muestran la convicción de la Iglesia sobre la capacidad transformante de la Eucaristía, que nos capacita para cualquier género de apostolado. Y esa acción transformante requiere de nosotros una asimilación consciente y voluntaria. Es lo que se presenta en el evangelio de San Lucas, cuando sobre la vida de la Virgen María se dice que “*conservaba todas estas cosas en su Corazón y las saboreaba*”. Alguno ha hablado de la “rumiatio” de la Virgen María, retomando una expresión que es propia de la teología monástica y de los Padres de la Iglesia que llamaban *rumiatio espiritual* al saboreo de la palabra de Dios. Oyes la palabra de Dios y luego te quedas como repensando, como hacen los rumiantes que vuelven a regurgitar, y en esta segunda masticación es cuando verdaderamente el alimento les produce su fruto. Eso hacía la Virgen María, pendiente de todo lo que decía y hacía su Hijo y lo iba guardando en el silencio de su Corazón, ese silencio adorador y meditativo que alimentaba toda su existencia. Ahí aprendemos nosotros que entre la meditación y escucha interiorizada de la Palabra de Dios y la Adoración Eucarística hay una muy hermosa complementariedad. En ambos casos, referido a la palabra y referido al sacramento, el tiempo para que nos dejemos transformar por estos dones de Dios es necesario. Sin ese silencio orante se corre el grave peligro de que caiga la lluvia de los dones de Dios, pero se reciba con un perfecto impermeable puesto y, todo lo que cae, escurre. Nos tenemos que dejar empapar y fecundar. Nos tenemos que dejar corregir y curar. Y para todo esto, nos hace falta asimilar la

Eucaristía en la Adoración y en la vida. Quien no se deja transformar y mover por Dios, no tiene fuerza y no puede hacer nada, o solo hace cosas humanas.

5. Una imagen, a modo de síntesis

¿Cuál será la imagen para entender esto del camino sinodal y de la sinodalidad? Voy a presentar una imagen muy vinculada a la Eucaristía, nos la ofrece San Lucas en el capítulo XXIV de su evangelio y todos la conocemos: Se trata de la aparición del Resucitado a esos dos discípulos que iban camino de Emaús. Habían vivido los acontecimientos pascuales, habían visto morir a Jesús en la Cruz, cómo era sepultado e incluso se habían quedado escondidos en el cenáculo con los Apóstoles y algunos otros discípulos y les habían llegado las noticias de las mujeres, que el primer día de la semana, habían ido muy temprano al sepulcro y decían que lo habían encontrado vacío, y que se les habían aparecido ángeles y les habían dicho que Jesús había resucitado. Pero ellos no habían visto nada, y volvían a su casa de Emaús tristes, decepcionados.

¿Por qué traigo esta imagen? ¿Qué nos puede aportar? Estos iban caminando juntos, pero ésta no es la sinodalidad eclesial. La sinodalidad eclesial no es ponernos juntos a lamentarnos, porque esas lamentaciones nacen de la falta de fe. Estos hombres habían olvidado; los evangelios de la resurrección, cuando se hablan del olvido en los Apóstoles, e incluso en las buenas Marías, que corrieron al sepulcro buscando a un muerto, están afirmando que la fe se había apagado en ellos; se había venido abajo impactada por la muerte de Cristo en la Cruz, por los horrores de la pasión: ¿Cómo puede Dios permitir que le hagan esto? Esta falta de fe se parece mucho a la de gran cantidad de hombres y mujeres de hoy que dicen ¿Cómo permite Dios esto?, un Dios que deja pasar estas cosas no es digno de ser Dios ni de que yo crea en Él.

Si vamos a ponernos juntos a caminar para compartir la falta de fe, la pérdida de esperanza, de celo, de ilusión, no merece la pena. El Papa Benedicto XVI nos señaló en su encíclica “Spe salvi” que al mundo le falta esperanza. Nuestro mundo, sobre todo nuestras sociedades “adultas y desarrolladas”, que llenas de soberbia se creen el ombligo del mundo, les falta mucha esperanza. Solo tienen esperanzas intramundanas y, claro, éstas les llevan a la decepción. Enseguida se quedan en nada y por eso, cada día, más suicidios, más problemas, las clínicas siquiátricas llenas de gentes haciendo colas, en las farmacias se agotan antidepresivos. Y, ¿por qué tantos problemas psicológicos?, porque, en el fondo, no vivimos una vida sana. Algo nos está destrozando. Recordamos las palabras de San Agustín: *“nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón estará desasosegado hasta que no descanse en Ti”*. Sinodalidad para estar lamentándonos, para contagiarnos la falta de fe y esperanza, evidentemente ¡no! Y entonces, ¿de dónde nos vendrá la luz? Si dejamos la puerta abierta, Dios se hace el encontradizo. Jesús sigue diciendo, si le damos oportunidad: “¿de que venís hablando por el camino?”, “qué lentos y torpes sois para comprender las escrituras” (es decir, se mete en el diálogo sobre los temas que nos preocupan y nos ofrece la interpretación de la Palabra de Dios).

A lo mejor hay que empezar por abrir las escrituras de nuevo y dejar que la Iglesia nos las lea en el nombre de Jesús y nos vaya diciendo todo cuanto a Él se refiere en ellas, es decir, cómo su pasión, su muerte y su resurrección estaban ya anunciadas proféticamente. Él nos ayuda, como ahora nos ayuda la Iglesia, a descubrir el sentido de las escrituras, su actualidad, y entonces nos arde el corazón. Y precisamente aquí está el principio de la sinodalidad. Cuando le damos cancha a Jesús, cuando dejamos

que su Palabra, leída en la fe de la Iglesia, transmitida a lo largo de la sucesión apostólica, resuena en nuestros oídos y en nuestros corazones, entonces empieza el proceso que llamamos sinodalidad.

Cuando nos abrimos al don de Dios, es decir a Cristo, cuando empezamos a escuchar, entonces se aviva en nosotros la caridad. Así le pasó a estos discípulos que iban sin fe, tristes y quejicas, que se dieron cuenta, impulsados por la caridad, que a este hombre no le podían dejar marchar, que se estaba haciendo de noche. Pensaron, “vamos a compartir con Él, el techo y la comida”: “quédate con nosotros que atardece”. Y, entonces, cuando por la caridad se abren más todavía al Señor, Él entra en su casa, parte para ellos el pan, abre sus ojos a la fe y enciende su esperanza.

Ahí está el misterio eucarístico. La escucha de la Palabra de Dios, la apertura de la caridad que viene de Dios, es decir, la conversión a la caridad eterna que hace nacer nuestra mirada de fe y nos dispone para poder descubrir, bajo las palabras y gestos de Jesús en la Eucaristía, su presencia personal viva y salvadora: “Le reconocieron al partir el pan”.

Ha sido un proceso que pasa de no conocerle, a dejarse calentar el corazón y a abrirse a la caridad, a sentarse a la mesa con Él, hasta descubrirle en el “partir el pan”. Y ahora, al estar renovados por Él, ir corriendo al encuentro de los demás hermanos en la Iglesia: sinodalidad. Cuanto más protagonista es Cristo en nuestra vida, más capacitados estamos para vivir sinodalmente; cuanto más cerrados estamos a Cristo en nuestra vida, más incapaces para vivir sinodalmente. Y ésta es la lección de esta imagen de los de Emaús. Una vez que llegan allí se evangelizan unos a otros: “Hemos visto al Señor Jesús”, “Está vivo”. Y entonces los otros les dicen: “también nosotros, aquí ha venido al cenáculo, ha entrado con las puertas cerradas y se nos ha presentado diciendo ‘paz a vosotros’, nos ha mostrado sus yagas y nos ha exhalado su aliento vital para decirnos ‘Id al mundo entero a programad el Evangelio’”.

Ójala podamos, en nuestros diversos ambientes y niveles, transmitir esta vivencia eucarística que ayuda a comprender la sinodalidad y, sobre todo, a hacerla realidad en la vida de la Iglesia. Así podremos también nosotros poner un granito de arena, que hemos recibido del Señor para darlo y, dándolo, multiplique su efecto entre todos nosotros.